

# Manuscrito de fray Orza

Josep Franco



Algar Joven

El fascinante testimonio de la conquista de América

## CÓMO SALÍ DE VALENCIA

Debéis saber que yo, Faustino Claver Linares, salí de Valencia contra mi voluntad y pasé la mar oceánica en el año de gracia de Nuestro Señor de 1516 y que, desde entonces, he visto muchas tierras, he recorrido desiertos y valles frondosos, he escalado montañas yermas, he cultivado amistades placenteras y he frecuentado malas compañías, he odiado y amado con la misma pasión, he arriesgado mi vida con los ojos cerrados y he temblado de miedo al notar sobre mi piel el aliento gélido de la muerte.

Mas ahora, habiendo llegado con bastante salud y con un aceptable uso de mi razón a la edad de viejo antiguo, cuando los años, la paz interior y, sobre todo, la buena mesa, me han hecho acreedor al nombre de fray Orza con el que me motejan los mozos de la parroquia, he regresado a mi querida villa de la Jana, donde vi la luz, con la esperanza de que una muerte dulce me permita descansar al fin de mis muchas fatigas y con la intención, quizá demasiado pretenciosa, de que mi cuerpo repose

eternamente bajo esta fértil tierra en la que alguno de mis antepasados, tal vez demasiado entusiasta, emplazó el paraíso.

Aunque no soy rico, la suerte me ha ayudado a amasar una pequeña fortuna que me permitiría vivir solo –y, probablemente, triste– y pagar los servicios de alguna doncella que cuidara de mí con la esperanza de heredar algún doblón a mi muerte. Pero la magnanimidad de mi hermana Matilde, viuda desde hace años, me ha obsequiado con la mejor habitación de su casa: una estancia confortable y soleada por cuya ventana puedo ver los almendros en flor y el tapiz verde oscuro con el que los olivos cubren la llanura.

Cuando llegué a la Jana, hace poco más de un mes, mi primera intención era dedicar el poco tiempo que me queda a la meditación, a la lectura que he tenido abandonada durante tantos años y a la oración, imprescindible para la remisión de mis pecados. Pero la curiosidad inocente de mi sobrina Magdalena y el tesón, dulce pero implacable, con el que me lo pide cada día, me han obligado a complacerla con el relato de mis aventuras por aquellas tierras remotas.

La narración de mis peripecias, si soy capaz de contarlas con la amenidad necesaria, nos ayudará a

mitigar con la conversación el tedio de estas largas tardes primaverales y creo que puede constituir, también, un buen motivo de reflexión para una persona tan sensible y tan ávida de conocimientos como mi querida sobrina.

Por todos estos motivos deseo, al iniciar este manuscrito, que mi dudosa pericia con la pluma me permita, si no pagar la hospitalidad de estas dos mujeres —porque no hay forma humana de pagar el afecto sincero—, sí, al menos, demostrarles mi gratitud y todo el amor que siento por ellas.

Escribiré por amor, por lo tanto, pero también para mitigar la melancolía que me producen los trinos melódicos de los mirlos; sus llamadas sincopadas y monótonas evocan cada mañana en mi memoria aquella otra madrugada de mi infancia, ahora ya tan lejana, cuando, siendo aún noche cerrada, abandoné la casa de mis padres en compañía del buen maestro Bernardo, para dirigirme a la capital del reino.

Cierto es que, en el seminario, recibí alguna instrucción; que el poco latín que sé lo aprendí entre los muros de aquel venerable establecimiento y que, durante las noches interminables de invierno, a la tímida luz de una vela, me enamoré de los libros. Pero también es cierto que, algunos años

después de aquella madrugada en la que oí por última vez el canto de los mirlos, ni siquiera recordaba los rostros de mis padres y era incapaz de entonar las coplas, generalmente tristes, que canturreaba mi madre mientras faenaba por la casa.

Por aquel tiempo, en mi memoria siempre herida por el doloroso presente –y con mi pobre estómago fustigado por el hambre– la Jana ya no era más que el lugar remotísimo en el que apenas había sido niño, el paraíso que me había visto obligado a abandonar, el escenario espectral de mis juegos infantiles, gracias a los cuales aprendí que los más fuertes suelen tener razón y, cuando no, la imponen, mientras que a los débiles no nos queda otro recurso que la astucia.

Así que, cuando las puertas del seminario se cerraron a mis espaldas, yo no era más que un pobre curita sin fortuna, sin amigos y con una pátina apenas percedera de cultura; pero conservaba la astucia que cultivé en las calles de mi pueblo, era aún bastante joven y me creía obligado a vivir honestamente porque ni los años pasados en el seminario me habían hecho olvidar los sueños, ni las numerosas lecturas me habían hecho olvidar la vida.

Como no tenía con qué comprar ropa decente, ni Dios Nuestro Señor había querido favorecerme

con una buena planta ni con la cautivadora facilidad de palabra que había dado a otros religiosos, tuve que vagar durante unos días por la ciudad, hasta que un viejo párroco se apiadó de mí y, para pagar mis escasos servicios, me ofreció un jergón en un rincón de la sacristía.

Con aquel santo varón, que era aún más ignorante que yo, compartí la miseria, las roñosas limosnas de algunas señoras más petulantes que caritativas y algunos mendrugos de pan que, a veces, cuando nos sonreía la fortuna, alegrábamos con una loncha de tocino o con un poco de queso. Cuando a mi buen párroco le llegó la hora de rendir cuentas al Altísimo, yo albergaba la esperanza, que luego resultó ser vana, de que me pusieran al frente de la parroquia, lo que, al menos, me permitiría dormir en una cama; pero pocos días después del funeral, un joven de origen humilde, ambicioso y con pocos escrúpulos, fue nombrado sustituto de mi viejo protector por la jerarquía. A partir de aquel día, mi vida, que nunca había sido un camino de rosas, se convirtió en un auténtico infierno.

Debido a mi afición por la poesía clásica, y también porque una bella joven de la familia me quitaba el sueño y me alteraba los sentidos, yo solía

visitar un palacete, en la plaza de los Cabreros, en el que, de vez en cuando, doña Caterina Guioret, una noble dama soltera, practicaba la caridad con un grupo de jóvenes poetas tan hambrientos como yo mismo, que nos sentíamos orgullosos de nuestra condición y estábamos convencidos de que nuestra hambre era una consecuencia inevitable de nuestra pasión literaria, aunque no éramos más que una cuadrilla de miserables y ninguno de nosotros había escrito jamás un verso digno ser recordado.

Un par de veces por semana, en los buenos tiempos, doña Caterina nos abría las puertas de su casa y las de su despensa y nosotros le pagábamos con galanuras mal fingidas o tratando de recitar, con más pena que gloria, algún bello fragmento del gran Virgilio.

Mi pobre párroco, que a pesar de su ignorancia era un hombre cargado de experiencia, me había prevenido a menudo contra aquellas reuniones tan inocentes como pretenciosas.

—Un predicador —me decía, con su voz rota por los sufrimientos— debe conocer a fondo las Sagradas Escrituras y no sentirse pecaminosamente atraído por las palabras falaces de Homero, Virgilio o Dante...

Me aconsejaba así porque yo había manifestado en más de una ocasión mi deseo de convertirme en predicador y las reconvenciones del párroco, aunque a mí me parecían sólo lamentos de viejo, eran su manera de advertirme de los peligros que puede engendrar en el alma de un joven el exceso de imaginación. Pero algunos de mis conocidos, y también aquella hermosa doncella cuya sola presencia hacía palpar mi corazón con la fuerza de un potro desbocado, comentaban con frecuencia que yo recitaba la *Eneida* como los ángeles y, a mi edad, me resultaba imposible ignorar tales alabanzas, que me parecían tan dulces como la más bella de las arias con las que las sirenas intentaron atraer al divino Ulises. De manera que, siempre que se me presentaba la ocasión, me dejaba ver por el palacio de la plaza de los Cabreros, recitaba algunos versos y, además de alimentar mi vanidad, cenaba como Dios manda.

¡Quién iba a imaginar que aquella casa en la que había pasado tan buenos momentos era, en realidad, una sinagoga secreta!

Así lo aseguraron, al menos, los esbirros de la Inquisición el día en que se presentaron de improviso en una de nuestras reuniones, con la pretensión de llevarnos presos. Yo pude escapar, como



contaré luego, pero supe después que los propietarios de la casa habían sido acusados de practicar en secreto la religión de Moisés.

Durante el proceso, algunos testigos declararon que, en el momento en el que fueron sorprendidos por el largo brazo de la Inquisición, los poetas y doña Caterina se disponían a sacrificar un tierno infante cristiano y que, para convertir aquella tortura en un crimen aún más terrible, habían construido una cruz en la que la criatura estaba a punto de exhalar su último suspiro. Yo, por mi parte, fui acusado, *in absentia*, de haber robado unas sagradas formas que, sin duda, íbamos a profanar durante la ceremonia. Fue esta acusación, del todo infundada, la que me hizo sospechar de mi nuevo párroco.

Más tarde supe que la joven de quien yo estaba enamorado también pudo escapar; pero me juraron que doña Caterina y su sobrino, un delicioso joven que apenas empezaba a despertar a los misterios de la vida, fueron quemados vivos y que su casa fue, durante unos años, un templo cristiano porque, según el Santo Oficio, aquel antro infernal debía ser purificado por las oraciones de los fieles, antes de ser ocupado por los delatores de sus legítimos propietarios.

Aquella desgraciada noche, yo, que no estaba acostumbrado a comer copiosamente y, mucho menos, a beber, tuve que salir precipitadamente al excusado, que se encontraba en un pequeño patio, en la parte posterior del palacio. Aquella descomposición de vientre me salvó porque, al oír los gritos de los esbirros, comprendí que todos corríamos peligro y, sin encomendarme a Dios ni al diablo, salté la tapia y vagué por las calles de la ciudad en tinieblas, hasta que un mozalbete que, de vez en cuando, me hacía algunos recados, me comunicó que el Santo Oficio me buscaba.

Debía de hacer varias horas que las puertas de la ciudad estaban cerradas y, naturalmente, no podía regresar a mi parroquia porque mi delator no hubiera dudado un instante en ponerme en manos de mis verdugos; de manera que, a pesar de tener más presentes que nunca los consejos de mi antiguo párroco, creí que estaba obligado a ser audaz.

Con un lienzo que solía llevar en el bolsillo y una piedra que la providencia puso a mis pies, preparé un engaño rudimentario y me dirigí, con toda la precaución del mundo pero deprisa, al lugar más seguro de Valencia: un barrio tan grande como la Jana, rodeado por un sólido muro de piedra y

con una sola puerta, donde ofrecían sus servicios las mujeres públicas de la ciudad.

Ante la puerta había siempre una horca, destinada a colgar a los facinerosos sorprendidos en flagrante delito y la silueta de aquel instrumento infernal puso alas a mi imaginación.

Cuando el encargado de abrir y cerrar la puerta me preguntó, rutinariamente pero con cierta extrañeza, cuál era el motivo de mi visita, no me costó mucho trabajo convencerle de que llevaba, bajo el lienzo, los óleos destinados a dar la extremaunción a una vieja moribunda que me había hecho llamar y como esto ocurría con frecuencia en un barrio tan populoso, pude pasar sin ninguna dificultad.

—Le recuerdo, padre —me dijo aquel buen hombre— que si lleva algún dinero, haría bien en dejármelo. Yo se lo devolveré al salir, hasta el último céntimo; pero si prefiere llevarlo consigo y le roban, yo no tendré responsabilidad alguna...

—Hijo mío —le respondí, mientras trataba de disimular el creciente temblor de mis manos—, que Dios Nuestro Señor te dé una vida tan larga como la del sabio Matusalén y así, tal vez, puedas guardarme unos céntimos algún día; pero, ahora, todo mi capital se reduce a los piojos que pululan por mi cráneo y a las pulgas que me esperan en el